

Los intelectuales y el socialismo

León Trotsky
Septiembre de 1910

(Versión al castellano de Vicent Blat desde “[Les intellectuels et le socialisme](#)”, en [Léon Trotsky-Les Oeuvres-MIA](#). Artículo publicado en septiembre de 1910 en la revista mensual rusa de orientación marxista *Sovremennyi Mir*. En este artículo Trotsky, exiliado entonces en Austria, responde al folleto de líder socialdemócrata austriaco Max Adler *Der Sozialismus und die Intellektuellen*, Wien: Wiener Volksbuchhandlung I. Brand, 1910 (*Socialismo e intelectuales*), acabado de publicar)

Hace unos diez años, o incluso puede que seis o siete, los partidarios de la escuela subjetivista rusa de sociología (los socialistas-revolucionarios) podrían haber utilizado a su favor el último folleto del filósofo austriaco Max Adler. Pero en los últimos cinco o seis años hemos pasado por una escuela de sociología tan buena, tan objetiva, y cuyas lecciones están escritas en nuestros cuerpos con cicatrices tan expresivas que la más elocuente exaltación de la intelectualidad, incluso viniendo de la pluma “marxista” de Max Adler, no podría ayudar al subjetivismo ruso. Por el contrario, lo que ha ocurrido con los propios subjetivistas rusos es uno de los argumentos más serios para refutar las afirmaciones y conclusiones de Max Adler.

La relación entre los intelectuales y el socialismo es el tema de este folleto. Para Adler, no es sólo una cuestión de análisis teórico, sino también de conciencia. Quiere convencer. En su folleto, que desarrolla un discurso pronunciado ante un público de estudiantes socialistas, Adler expresa una fuerte convicción. Un aliento proselitista recorre este pequeño libro, dando un matiz particular a ideas que no pueden pretender ser nuevas. Atraer a la intelectualidad a sus ideales, conquistarla a toda costa, esta voluntad política supera por completo el análisis social de Adler; esto es lo que da a este folleto su tono fundamental, pero también lo que lo hace débil.

¿Qué es la intelligentsia? Por supuesto, Adler no da una definición moral, sino social de este concepto: no es una orden cuyos miembros estén vinculados por una comunidad de destino histórico, sino una capa social que incluye todo tipo de profesiones intelectuales. Por muy difícil que sea trazar una línea entre el trabajo “manual” y el “intelectual”, los contornos sociales generales de la intelligentsia no necesitan una descripción detallada para aparecer claramente. Forma toda una clase (Adler habla de un grupo interclasista, pero eso no cambia nada en el fondo) en el marco de la sociedad burguesa. Y la pregunta para Adler es: ¿quién tiene más derechos sobre el alma de esta clase? ¿Qué ideología debería imponérsele desde dentro, como resultado de la propia naturaleza de sus funciones sociales? Colectivismo, responde Adler. Adler no esconde que, en el mejor de los casos (cuando no expresan abiertamente su hostilidad al colectivismo), los intelectuales europeos se mantienen al margen de la vida y de las luchas de las masas trabajadoras, y que eso les es indiferente. “*Pero [dice] jno debería ser así! Esta actitud no tiene objetivamente ninguna base seria*”. Adler protesta enérgicamente contra los marxistas que niegan la existencia de un contexto general que pudiera llevar a los intelectuales a unirse al socialismo. “*Hay [dice en la*

introducción] *suficientes razones (pero de un orden diferente al estrictamente económico) que pueden afectar a toda la intelligentsia, por lo tanto, incluso independientemente de su situación proletaria, y motivarla a unirse al movimiento obrero socialista. Sólo es necesario iniciar a los intelectuales en la naturaleza profunda de este movimiento y en la de su propia situación social”... ¿De qué razones se trata entonces? “Dado que la necesidad imperativa y, más aún, la posibilidad de permitir el desarrollo de los intereses intelectuales son fundamentales para las condiciones de vida de la intelligentsia [dice Adler] precisamente por esta razón, el interés en la teoría se coloca en ella con todos sus derechos junto con el interés económico. Así, si es necesario, en primer lugar, buscar fuera de la esfera económica las bases de la unión de la intelligentsia al socialismo, esto se explica tanto por las condiciones ideológicas específicas de existencia de los trabajadores intelectuales como por el contenido cultural del socialismo” (p. 7). Independientemente del carácter de clase del movimiento en su conjunto (después de todo, ¡éste es sólo el camino seguido!), independientemente de cómo se percibe hoy en día a través de su partido y su política (¡en última instancia, es sólo un medio!), el socialismo, por su propia esencia y como ideal social universal, significa liberar el trabajo intelectual en todas sus formas, de todo tipo de obstáculos y límites sociohistóricos. Esta visión de una Tierra Prometida es precisamente el puente ideológico que la intelectualidad europea puede y debe cruzar para entrar en el campo de la socialdemocracia.*

Este es el principal punto de vista de Adler, al que dedica todo su folleto. Su defecto fundamental, que es inmediatamente evidente, es su falta de sentido histórico. De hecho, las razones generales en las que se basa Adler, que llevarían a la intelligentsia al campo del colectivismo, han actuado persistentemente y durante mucho tiempo. Sin embargo, no hay el más mínimo indicio de una afluencia masiva de intelectuales hacia la socialdemocracia en ninguno de los países europeos. Adler lo percibe, por supuesto, tanto como nosotros. Pero propone ver la causa de la completa separación de la intelectualidad y la clase obrera en el hecho de que los intelectuales no entienden el socialismo. En cierto modo, funciona bien de esa manera. Pero, en este caso, ¿cómo explicar esta terquedad en no comprender cuando los intelectuales están asimilando muchos otros problemas muy complejos? Obviamente, lo que está en juego no es su falta de capacidad de razonar lógicamente, sino el poder de los aspectos irracionales de su psicología de clase. El propio Adler habla de ello en el capítulo “Bürgerliche Schranken des Verständnisses” (Los límites burgueses de la comprensión), uno de los mejores de su folleto. Pero él cree, espera, está seguro (y aquí el predicador tiene prioridad sobre el teórico) de que la socialdemocracia europea superará lo que es irracional en la psicología de los trabajadores intelectuales, si se replantea por completo la forma en que se dirige a ellos. La intelligentsia no entiende el socialismo porque se presenta a él, día tras día, en la forma rutinaria de un partido político, un partido entre muchos, como los demás. Pero si logramos mostrar a los intelectuales el verdadero rostro del socialismo, el de un movimiento cultural mundial, entonces sólo podrán reconocer en él lo mejor de sus esperanzas y aspiraciones. Eso es lo que Adler cree.

Dejaremos de lado, sin examinarla todavía durante algún tiempo, la cuestión de si, para la intelligentsia como clase, las necesidades puramente culturales (desarrollo de la tecnología, la ciencia, el arte) son realmente más poderosas que las influencias de clase difundidas por la familia, la escuela, la iglesia, el estado y, en última instancia, que la voz de intereses simplemente materiales. Pero, aunque admitamos esto como hipótesis, aunque aceptemos ver en la intelligentsia, sobre todo, un gremio de sacerdotes de la cultura que simplemente no ha entendido todavía que la ruptura socialista con la sociedad burguesa es precisamente la mejor manera de servir a los intereses de la

cultura, entonces todavía tenemos que hacernos una pregunta poderosa: como partido, ¿puede la socialdemocracia europea occidental ofrecer a los intelectuales, teórica y moralmente, algo más convincente o atractivo que todo lo que les ha ofrecido hasta ahora?

Desde hace varias décadas, el colectivismo ha llenado el mundo con los ecos de su lucha. Durante este período, millones de trabajadores se unieron en organizaciones políticas, sindicales, cooperativas, educativas y de otro tipo. Una clase entera ha emergido de las profundidades de la vida y se ha abierto camino a través del santa sanctorum de la política, considerado hasta ahora el dominio exclusivo de las clases poseedoras. Cada día, la prensa socialista (teórica, política, sindical) reevalúa los valores burgueses, grandes y pequeños, desde el punto de vista de un mundo nuevo. No hay un área de la vida cultural y social (matrimonio, familia, educación, escuela, iglesia, ejército, patriotismo, higiene social, prostitución) en la que el socialismo no haya opuesto su punto de vista al de la sociedad burguesa. El movimiento socialista se expresa en todos los idiomas de la humanidad civilizada. En sus filas trabajan y luchan personas que tienen diferentes mentalidades, diferentes temperamentos, y que difieren en su pasado, su entorno social o su estilo de vida. Y si, a pesar de todo esto, la intelligentsia no “comprende” el socialismo, si todo esto no es suficiente para permitirle, para forzarle a captar el significado cultural e histórico de este movimiento mundial, entonces ¿no debemos concluir que este fatal malentendido debe tener causas muy arraigadas y que cualquier intento de superarlo por medios literarios y teóricos está, por su propia naturaleza, condenado de antemano al fracaso?

Esta idea se destaca aún más vívidamente a la luz de la historia. La mayor afluencia de intelectuales al movimiento socialista (y esto se aplica a todos los países europeos) se produjo en el primer período de existencia del partido, cuando aún estaba en su infancia. Esta primera ola trajo a la internacional a sus más eminentes teóricos y líderes políticos. Cuanto más ha crecido la socialdemocracia en Europa, más numerosas han sido las masas trabajadoras que se han unido a ella y más se ha debilitado la contribución de nuevos elementos de la intelligentsia, no sólo en valor relativo, sino en términos absolutos. El *Leipziger Volkszeitung*¹ ha buscado durante mucho tiempo, a través de anuncios clasificados, un editor con formación universitaria; en vano. Aquí, y como si fuera evidente, me viene a la mente una conclusión en total oposición a Adler: cuanto más precisamente el socialismo ha manifestado su contenido y más fácil ha sido para todos entender su misión histórica, más ha expresado la intelligentsia su determinación de mantenerse al margen. Si esto no prueba que el socialismo le asusta en sí mismo, está claro en todo caso que en los países capitalistas de Europa deben haberse producido algunas transformaciones sociales profundas, que han dificultado la confraternización entre académicos y trabajadores tanto como han facilitado la adhesión de los trabajadores al socialismo.

¿Qué tipo de transformaciones son estas?

Los individuos, grupos y estratos más educados del proletariado se han unido y se están uniendo a la socialdemocracia; el crecimiento y la concentración de la industria como de los medios de transporte sólo acelera este proceso. En lo que respecta a la intelligentsia, estamos tratando con un tipo de proceso completamente diferente. El poderoso desarrollo capitalista de las últimas dos décadas ha sido despiadado y, para su propio uso, ha descremado a esta clase. Las fuerzas intelectuales más dotadas, las más capaces de energía creativa y de alta visión, han sido absorbidas irrevocablemente por la industria capitalista, por los trusts, las compañías ferroviarias, los bancos que ofrecen

¹ Diario socialdemócrata alemán.

salarios fantásticos a los ejecutivos que se encargan del trabajo organizativo. Incluso el servicio estatal debe, en este campo, estar satisfecho con individuos de segunda clase, y en la cancillería del gobierno, no menos que en la gestión de periódicos de cualquier tendencia, hay una falta de “personal”. En cuanto a los representantes de la intelectualidad semiproletaria (cada vez más numerosos, incapaces de escapar a su eterna dependencia e inseguridad material, y dedicados a tareas fragmentarias, secundarias y poco atractivas en el gran mecanismo de la cultura), los intereses estrictamente culturales invocados por Adler no pueden ejercer tal poder que dirijan sus simpatías políticas hacia el socialismo.

A esto se añade el hecho de que un intelectual europeo de este tipo, para quien la incorporación al campo del colectivismo no está descartada psicológicamente, no tiene casi ninguna posibilidad de ganar una posición personal influyente en las filas del partido proletario. Y esta cuestión tiene una importancia decisiva a este respecto. Un trabajador llega al socialismo como parte de un todo, con su clase, una clase de la que no puede esperar salir. Y hasta tiene la satisfacción de sentirse moralmente atado a esta masa, un sentimiento que lo hace más seguro y fuerte. El intelectual, por otro lado, llega al socialismo individualmente y como persona, rompiendo el cordón umbilical que lo conecta con su clase, e inevitablemente busca ejercer influencia como individuo. Pero es precisamente allí donde encuentra obstáculos, obstáculos que han crecido con el tiempo. Al principio del desarrollo de la socialdemocracia, cualquier intelectual que se uniera a ella, aunque no se elevase por encima de lo normal, tenía una situación a la vista en el movimiento obrero. Hoy, en los países de Europa occidental, cada recién llegado encuentra, ya preparado y en marcha, el colosal edificio de la democracia obrera. Miles de dirigentes obreros, a quienes su clase ha promovido constantemente, constituyen un aparato unido, a la cabeza del cual se encuentran honrados veteranos, con reconocida autoridad, personajes que ya pertenecen a la historia. En estas condiciones, sólo una persona de talento excepcional podría esperar conquistar una posición de liderazgo, pero un hombre así, en lugar de saltar el abismo que lo separa de un campo extraño, se movería con toda naturalidad, en la línea de la menor resistencia, hacia el reino de la industria o el servicio del estado. Así, además de todo lo demás, el aparato organizativo de la socialdemocracia se erige ahora como un macizo montañoso de partición de vertientes de agua, entre la intelligentsia y el socialismo. Esto ha provocado la insatisfacción de los intelectuales teñidos de socialismo, porque les ha exigido un sentido de disciplina y moderación (lo que los intelectuales han considerado como la marca a veces de su “oportunismo”, a veces, al contrario, de su exceso de “radicalismo”) y los relega al papel de espectadores de refunfuñones cuyas simpatías oscilan entre el anarquismo y el nacional-liberalismo. *Simplicissimus*² es su bandera ideológica más alta. Este fenómeno, con variaciones y en diferentes grados, se repite en todos los países europeos. Además, este público está demasiado hartado, es demasiado cínico, se podría decir, para que su alma se vea subyugada por la exposición, incluso la más inflamada, de la esencia cultural del socialismo. Sólo unos pocos “ideólogos” (en el sentido positivo y negativo del término) son capaces de llegar a las convicciones socialistas bajo el impulso de una reflexión puramente teórica basada en las exigencias del derecho, como Anton Manger³, o en las necesidades de la tecnología, como Atlanticus⁴. Pero incluso ellos, por lo que sabemos, no llegan a unirse al movimiento socialdemócrata organizado, y la lucha de clases del proletariado en sus relaciones internas con el socialismo sigue siendo un libro cerrado de siete sellos.

² Diario satírico de Múnich.

³ Abogado austriaco.

⁴ Seudónimo de Karl Ballod, economista germano-letón.

Adler tiene toda la razón al considerar que los intelectuales no pueden ser ganados al colectivismo con un programa de reivindicaciones materiales inmediatas. Pero esto no significa, sin embargo, que la intelligentsia en su conjunto pueda ser atraída de otra manera, ni que sus intereses materiales inmediatos y sus lazos de clase no le convenzan de otra manera diferente a todas las perspectivas culturales e históricas ofrecidas por el socialismo.

Si dejamos de lado esta capa de intelectuales que están al servicio directo de las masas trabajadoras como médicos, abogados, etc... (una capa, además, generalmente compuesta por los representantes menos talentosos de estas profesiones), vemos que la fracción más importante e influyente de la intelligentsia vive a cuenta del beneficio industrial, de la renta de la tierra o del presupuesto del estado, y que depende directa o indirectamente de las clases capitalistas o de su estado. Considerada en abstracto, esta dependencia material sólo le impide la actividad política militante en las filas del enemigo, pero no la independencia de pensamiento con respecto a la clase que la emplea. En realidad, sin embargo, este no es el caso. Es precisamente la naturaleza "espiritual" del trabajo de los intelectuales lo que inevitablemente crea un vínculo espiritual entre ellos y las clases poseedoras. Los directivos de fábrica o de empresa, los ingenieros con responsabilidades administrativas, se encuentran necesariamente en constante antagonismo con los trabajadores contra los cuales tienen la obligación de defender los intereses del capital. Es evidente que las funciones que desempeñan conforman, en última instancia, su forma de pensar y sus opiniones. Un médico y un abogado, a pesar del carácter más independiente de su actividad, deben tener contacto psicológico con sus clientes. Si un electricista puede, día tras día, instalar instalaciones eléctricas en los apartamentos de ministros, banqueros y sus amantes, sin dejar de ser él mismo, no puede decirse lo mismo de un médico que debe, en su mente y en su voz, encontrar las notas que se ajusten a las simpatías y hábitos de ministros, banqueros y sus amantes. E, inevitablemente, este contacto no sólo se establece en las alturas de la sociedad burguesa. En Londres, las sufragistas contratarán a una abogada pro sufragista para que las defienda. El médico que trata a las esposas de los comandantes en Berlín o a las esposas de los comerciantes "cristiano-sociales" en Viena, el abogado que se ocupa de los asuntos de sus padres, hermanos y maridos, difícilmente puede darse el lujo de apasionarse por las perspectivas culturales del colectivismo. Todo esto se aplica a escritores, pintores, escultores, artistas, quizás no de una manera tan directa e inmediata, pero no menos irresistible. Ofrecen al público sus obras o su personalidad, dependen de su favor y de sus carteras y, de forma abierta u oculta, subordinan su actividad creativa a ese "gran monstruo" que tanto desprecian: la multitud burguesa. Lo que ha sido en Alemania de los "jóvenes" (por cierto, que actualmente están muy desplumados), de hecho, no podría ser mejor demostración. El caso de Gorky, explicable por el contexto de su formación, sólo confirma la regla por su carácter excepcional: la incapacidad de Gorky para conformarse a la degeneración antirrevolucionaria de la intelligentsia le privó, en poco tiempo, de su "popularidad"...

Aquí aparece, una vez más, la profunda diferencia entre las condiciones sociales del trabajo intelectual y las del trabajo manual. Aunque esclaviza los músculos y agota el cuerpo, el trabajo de fábrica no tiene el poder de subyugar la cabeza del trabajador. Todo lo que se ha intentado para controlarla ha resultado ser ineficaz de la misma manera, tanto en Suiza como en Rusia. El trabajador intelectual tiene una libertad física incomparable. El escritor no tiene que resistir el sonido de la sirena de la fábrica, el médico no tiene un supervisor a sus espaldas, el abogado no tiene que someter sus

bolsillos a un registro cuando sale de la sala de audiencias. Pero, a cambio, se ven obligados a vender, no su fuerza de trabajo en bruto, ni la tensión de sus músculos, sino toda su personalidad como seres humanos, no por miedo, sino en conciencia. Como resultado, estas personas no quieren y no pueden ver que la hermosa vestimenta de su profesión no es más que un uniforme de prisionero mejor cortado que el de los demás.

Al final, ni siquiera Adler parece satisfecho con la formulación abstracta e idealista que da a las relaciones recíprocas entre la intelligentsia y el socialismo. De hecho, a través de su propaganda no se dirige a la clase de trabajadores intelectuales que desempeñan funciones definidas en la sociedad capitalista, sino en realidad a su generación más joven, la generación que todavía se está preparando para su papel futuro: los estudiantes. Esto se refleja no sólo en la dedicación de su folleto (“Al sindicato libre de estudiantes de Viena”), sino también en la naturaleza misma de este discurso-folleto, su tono patético en forma de agitación y sermón. Es impensable que podamos imaginarnos expresándonos así ante un público de profesores universitarios, escritores, abogados, médicos... Desde las primeras palabras, tal discurso permanecería en la garganta del orador. Así, considerando el material humano con el que tendrá que operar, el propio Adler limita su propia tarea; la política corrige la fórmula del teórico porque, al final, de lo que se trata es de una lucha por influir en los estudiantes.

La universidad es la etapa final de la educación impartida por el estado a los hijos de las clases dominantes y poseedoras, del mismo modo que el cuartel representa la institución última para la educación de la generación más joven de trabajadores y campesinos. Los cuarteles desarrollan los hábitos psicológicos de obediencia y disciplina en aquellos que tendrán que realizar las funciones sociales de los subordinados. La universidad prepara, en principio, para el liderazgo, el mando y la dominación. Desde este punto de vista, incluso las sociedades estudiantiles alemanas son instituciones que obedecen a una racionalidad de clase: forman las tradiciones que unen a padres e hijos, fortalecen la fibra del sentimiento nacional, inoculan hábitos esenciales para la vida burguesa y, finalmente, proporcionan la cicatriz en la nariz o bajo la oreja, esta etiqueta de pertenencia a la raza de los señores. El material humano que pasa por los cuarteles es, por supuesto para la posición de Adler, incomparablemente más importante que el material que pasa por la universidad. Pero en ciertas circunstancias históricas, sobre todo cuando la rapidez del desarrollo industrial se traduce en la proletarización de la composición social del ejército como lo es hoy en día en Alemania, el partido puede decirse a sí mismo: “No iré a los cuarteles; todo lo que tengo que hacer es acompañar al joven obrero hasta el umbral de los cuarteles y, lo más importante, encontrarlo cuando salga por la puerta. No me dejará, seguirá siendo mío”. Pero, en relación con la universidad, si el partido quiere realmente librar una lucha independiente para influir en la intelligentsia, debe hablar exactamente el idioma opuesto: “Sólo aquí y sólo ahora, cuando este joven se ha emancipado en cierta medida de su familia sin ser aún un cautivo de su posición en la sociedad, puedo esperar atraerlo a nuestras filas. Es ahora o nunca”.

Para los trabajadores, la diferencia entre “padres” e “hijos” es estrictamente una cuestión de edad. En la intelligentsia, la edad no es la única causa, también hay una diferencia social. El estudiante, que difiere a este respecto tanto del joven trabajador como de su propio padre, no cumple ninguna función social, no se siente directamente dependiente del capital o del estado, no está sujeto a ninguna responsabilidad y, al menos objetivamente, si no subjetivamente, se encuentra libre en su apreciación del bien

y del mal. Durante este período, todo en él fermenta, sus prejuicios de clase son tan flojos como sus elecciones de ideas, las cuestiones de conciencia están ante él con una fuerza muy particular, su mente se abre por primera vez a grandes generalizaciones científicas, lo extraordinario es casi una necesidad fisiológica para él. Si el colectivismo es realmente capaz de captar su espíritu, lo es ahora; y sólo puede hacerlo afirmando su carácter de movimiento de base científica (de la manera más bella) y las perspectivas universales de sus objetivos en el campo de la cultura, y no limitándose a cuestiones prosaicas de “beefsteack”. En este último punto, Adler tiene toda la razón.

Pero también en este caso debemos centrarnos en los hechos: no sólo existe la intelectualidad europea en su conjunto, sino también su descendencia estudiantil, que claramente no muestra ninguna propensión al socialismo. Entre el partido de los trabajadores y la masa de estudiantes, hay un muro. Explicar este hecho por la mera mala calidad de un trabajo de agitación que no ha permitido acercarse a la intelligentsia desde el ángulo deseado (y Adler se encuentra en ese punto) significa que se ignora toda la historia de las relaciones recíprocas entre los estudiantes y el “pueblo”, lo que significa que los estudiantes son vistos como una categoría intelectual o moral, en lugar de como un producto de la historia social. Es cierto que su dependencia material de la sociedad burguesa sólo afecta indirectamente a los estudiantes, a través de la familia, y por lo tanto de manera debilitada. Pero, por otro lado, los intereses y necesidades sociales generales de las clases donde se reclutan los estudiantes se expresan muy fuertemente, como a través de un amplificador, en su estado de ánimo, sus opiniones. A lo largo de su historia, la juventud estudiantil europea (en sus mejores momentos de heroísmo, así como en períodos de decadencia moral total) ha sido sólo el barómetro sensible de las clases burguesas. Se volvió ultrarrevolucionaria, fraternizó sincera y honestamente con el pueblo cuando la sociedad burguesa no vio otra salida para ella que la revolucionaria. Ocupó efectivamente el lugar de las fuerzas democrático-burguesas cuando su nulidad política les impidió dirigir la revolución, como en Viena en 1848. Pero en París, en junio del mismo año, también abrió fuego contra los trabajadores, cuando la burguesía y el proletariado se encontraron cara a cara en las barricadas. Después de las guerras de Bismarck y de la unificación alemana, tranquilizando a las clases burguesas, el estudiante alemán se convirtió rápidamente en ese personaje lleno de cerveza y pedante que, junto con el teniente prusiano, hizo feliz a la prensa satírica. En Austria, el estudiante se convirtió en el abanderado del exclusivismo nacional y del chovinismo militante a medida que crecía el conflicto entre las diferentes naciones de ese país por el control del poder estatal. No hay duda de que a través de todas las transformaciones históricas, incluso las más repulsivas, los jóvenes estudiantes demuestran un agudo sentido político, una habilidad para sacrificarse y luchar por un ideal, todas ellas cualidades con las que tanto cuenta Adler. Empezando con esto: mientras que un filisteo normal de 30 o 40 años no corre el riesgo de que le den una patada en la cara por una noción peligrosa de “honor”, su hijo lo hará con pasión. Recientemente, estudiantes ucranianos y polacos de la Universidad de Lvov⁵ han demostrado una vez más que no sólo saben cómo llevar a cabo sus ideas nacionales y políticas hasta el final, sino que también saben cómo ofrecer sus pechos ante las armas. El año pasado, los estudiantes alemanes en Praga⁶ estaban dispuestos a enfrentarse a toda la violencia de la multitud para manifestar en las calles su derecho a existir como sociedad alemana. Este “idealismo” militante (que a veces adopta la forma de un gallo

⁵ Ciudad ucraniana occidental, entonces incluida en el imperio austro-húngaro bajo el nombre de Lemberg.

⁶ En los países checos, entonces bajo el dominio austriaco, el movimiento nacional renacido intentaba reducir la presencia germánica en todas sus formas.

de pelea) no es característico de una clase o idea, sino de un grupo de edad; por otra parte, el contenido de este idealismo está totalmente determinado por el genio histórico de las clases de las que proceden los estudiantes y a las que regresan. Y es natural, es inevitable.

Al final, todas las clases ricas envían a sus hijos a la escuela y si la juventud universitaria fuera una tabula rasa, una página en blanco en la que el socialismo tendría la oportunidad de grabar su mensaje, entonces ¿qué pasaría con la herencia de clase y el pobre determinismo histórico?

Queda, en conclusión, un aspecto de la cuestión que necesita ser aclarado, que da fe tanto a favor como en contra de Adler.

La única manera de atraer a los intelectuales al socialismo, en su opinión, es proponer sólo el objetivo final del movimiento, en su totalidad. Pero Adler, obviamente, reconoce que esta meta final se está haciendo más clara y precisa a medida que progresa la concentración industrial, la proletarización de las clases medias y la intensificación de los antagonismos de clase. Independientemente de la voluntad de los líderes políticos y de las diferencias en las tácticas nacionales, el “objetivo final” destaca incomparablemente más claramente, más directamente en Alemania que en Austria o Italia. Pero ese mismo proceso social (la intensificación de la lucha entre el trabajo y el capital) hace aún más difícil para la intelligentsia estar al lado del partido de los trabajadores. Los puentes entre las clases están rotos y, para cruzarlos, hay que saltar sobre un abismo que se profundiza con el paso de los días. Así, paralelamente a las condiciones objetivas que facilitan la penetración teórica de la intelligentsia en la esencia del colectivismo, aumentan los obstáculos sociales que le impiden incorporarse políticamente al ejército del socialismo. Unirse al movimiento socialista, en cualquier país avanzado donde exista una vida social real, no es un acto especulativo sino político y, en este campo, la razón social prevalece sobre la razón teórica. En última instancia, esto significa que es más difícil ganar la intelligentsia hoy que ayer, y que lo será aún más mañana que hoy.

Sin embargo, este proceso también tiene su propia “solución de continuidad”. La actitud de los intelectuales hacia el socialismo (que hemos caracterizado como un alejamiento que crece a medida que se desarrolla el movimiento socialista) puede y debe cambiar decisivamente como resultado de un profundo cambio político que cambie radicalmente el equilibrio de poder en la sociedad. Como bien dice Adler, es cierto que la intelligentsia no está interesada en salvaguardar la explotación capitalista ni directa ni incondicionalmente, sino indirectamente, a través de las clases medias y en la medida en que depende materialmente de ellas. Podría pasar al campo del colectivismo si se le diera la oportunidad de considerar su victoria como muy probable e inminente; si el colectivismo se le presentara, no como el ideal de una clase diferente, distante de él y extranjera, sino como una realidad cercana y tangible; finalmente (y esta condición no es la menos importante) si una ruptura política con la burguesía no amenazara a cada uno de los trabajadores intelectuales, tomados aisladamente, con graves consecuencias materiales y morales. Tales condiciones sólo pueden cumplirse frente a la intelectualidad europea mediante la dominación política de una nueva clase social y, hasta cierto punto, a través de un período de lucha directa e inmediata por esta dominación. Cualquiera que sea la distancia que la intelectualidad europea haya puesto entre ella y las masas trabajadoras (una distancia que todavía está destinada a aumentar, sobre todo en los países capitalistas jóvenes como Austria, Italia y los países

balcánicos), es cierto que, en una época de gran reconstrucción de toda la sociedad, la intelectualidad probablemente se pondrá del lado de los defensores del nuevo orden social, y probablemente antes que las otras clases intermedias. Desde este punto de vista, las cualidades sociales que distinguen a la intelectualidad de la pequeña burguesía, tanto comercial como industrial, así como del campesinado, jugarán un papel importante: sus vínculos profesionales con los campos culturales de la actividad social, su capacidad de generalización teórica, la flexibilidad y movilidad de su pensamiento, en una palabra, su intelectualidad. Frente a la realidad indiscutible de la transferencia de todo el aparato social a nuevas manos, la intelectualidad podrá entonces convencerse de que la situación así creada no la precipita al abismo, sino que, por el contrario, abre un campo ilimitado para que cubra los recursos de la tecnología, el trabajo organizativo y la ciencia; podrá promover todas estas fuerzas vivas dentro de su propio seno y esto desde el primer y más crítico período de un nuevo régimen que tendrá que superar enormes dificultades técnicas, sociales y políticas.

Pero si la conquista efectiva de las palancas de control de la sociedad dependiera del hecho previo de que la intelligentsia se una al partido del proletariado europeo, entonces la causa del colectivismo se vería comprometida porque, como hemos tratado de mostrar anteriormente, la transición de los intelectuales a la socialdemocracia dentro del régimen burgués se hace cada vez menos posible, en contra de todas las expectativas de Max Adler, a medida que pasa el tiempo.

Edicions internacionals Sedov



germinal_1917@yahoo.es